

CUANTIFICANDO LA VIDA

Para que existan las respuestas primero tienen que formularse las preguntas.

Bloch

Se rastreaban ideologías, no la percepción pública. ¿Contar, para qué? Mejor hablar del peso de las ideas. Este vacío de verdaderas ciencias sociales suplantado por ideologías, tuvo varios agravantes.

*Federico
Reyes*

La democracia es una superstición basada en la estadística.

Borges

Durante milenios a la gente no se le preguntó su opinión sobre ningún tema; mucho menos se cuantificó nada que tuviera que ver con sus vidas. No se sabía cuánta gente estaba enferma, ni cuál era el número de los analfabetos, a qué edad morían, cuáles eran sus ingresos, qué pensaban de las torturas, a qué labores se dedicaban. No es pues de extrañar que María Antonieta, la señora de Luis XVI, no supiera que las turbas de París carecían de pan.

La manía de obtener información estadística sobre los seres humanos es muy reciente. El pionero en este campo, un inglés llamado Francis Galton, comenzó a usarla hacia la segunda mitad del siglo pasado.

La investigación sistematizada sobre la opinión de la

gente se desarrolló a partir de los estudios de mercado. Los primeros sondeos se hicieron en pequeños segmentos de la población para conocer cuáles eran los periódicos y revistas que leía la gente, y sobre las preferencias del público en relación con algunos productos comerciales.

Las investigaciones sobre las opiniones políticas se desarrollaron en la década de los 30. En 1935 el estadístico norteamericano George Gallup comenzó a hacer encuestas sistemáticas sobre los principales temas políticos y sociales de los Estados Unidos.

La popularización de las encuestas ha tenido un gran impacto en el desarrollo de la democracia representativa. Antes de su aparición, las elecciones eran la única instancia en que se escuchaba de manera bastante precisa la voz del pueblo. Pasadas las elecciones los gobernantes eran los únicos que, dentro de un ámbito de discreción bastante amplio, definían el sentir popular. Hoy podemos saber qué piensa la gente sobre los principales temas que afectan a la sociedad. En cierto sentido se vive una democracia directa en gran escala. Algunos analistas han señalado los peligros de esta nueva realidad. Estas personas consideran que los encuestadores, y los que alientan estas mediciones, creen erróneamente que con respuestas elementales de **sí** o **no** es posible enfrentarse con éxito a los complejos problemas de la vida moderna. Acusan a los encuestadores de alentar una visión simplista e ingenua, incapaz de reconocer que en varios de los temas el público no puede dar respuestas sensatas, ya sea por la ignorancia natural de grandes porciones de la población, como por la naturaleza eminentemente técnica de muchos de los

problemas.

A estas críticas los encuestadores responden que son conscientes de los límites de la opinión pública para tomar decisiones acertadas sobre algunos asuntos, a la vez que reconocen la normal sensatez del gran público a la hora de juzgar los grandes temas de orden ético y político que enfrenta la sociedad.

Algunos analistas consideran que los encuestadores cometen un grave error al ser incapaces de discriminar entre los temas sobre los cuales el gran público puede tener opiniones sensatas e inteligentes y aquellos sobre los cuales no es posible que tengan opiniones informadas. Los encuestadores que son incapaces de hacer esta distinción, incurren en un extraño error: indagan la opinión de la gente sobre asuntos que obviamente desconoce debido a la naturaleza especializada del tema, (por ejemplo, qué opinan del Programa de Ajuste Estructural o del Tratado de Libre Comercio). Si se hacen estas preguntas a la clase política y a los que poseen título universitario, encontraríamos que sólo unos pocos pueden dar una respuesta sensata y fundamentada. Una especie de inconsciente populismo lleva a los encuestadores a elevar la opinión popular a una categoría inexistente.

Elmo Roper, distinguido encuestador norteamericano, expresó en 1954: **“Quizá lo más significativo que hemos descubierto es la señalada importancia de las áreas de ignorancia que cubren a grandes sectores de la población. Hemos aprendido a descubrir quiénes ignoran y quiénes poseen información errónea sobre**

varios aspectos de la vida pública”.

Debo señalar, para consuelo de los que puedan indignarse con estas aseveraciones, que ésta es una realidad universal. Quien repase resultados de encuestas que se llevan a cabo en diversas partes del mundo, encontrará que un buen número de personas desconoce quién es, por ejemplo, el Ministro de Hacienda o el Presidente del Parlamento.

En los años 50, George Gallup, en una muestra de exagerado optimismo, expresó: **“Sorprendentemente pocas personas se encuentran completamente informadas sobre un tema determinado y no será hasta que lleguemos al próximo milenio que cada votante estará bien informado en todos los temas de importancia pública”.**

A pesar del conocimiento que poseía en esta materia el señor Gallup, queda manifiesta su incapacidad, como la de todos los mortales, para pronosticar. Los ciudadanos norteamericanos de hoy, y los de cualquier otra sociedad moderna, son al menos tan ignorantes y desinteresados en los temas públicos como los de los años 50. Sí acertó el señor Gallup cuando dijo: **“En una democracia como la nuestra subsiste un hecho incontrovertible: que la mayoría de los ciudadanos usualmente posee opiniones sensatas sobre temas generales de la vida pública aún cuando son ignorantes y se encuentran mal informados”.**

Tuvo razón al atribuirle sensatez a la opinión de la gente sobre los asuntos públicos, pero erró al afirmar que

llegará el día en que los votantes estarán bien informados sobre los temas de importancia pública. No son pocas las ocasiones en que los hombres comunes juzgan con mejor discernimiento y sensatez sobre algunos temas generales de orden público, que los gobiernos, los expertos y los representantes de grupos de interés, cuya educación y conocimiento es mayor. Esto se debe a que, en algunos casos, las opiniones de la gente común están motivadas por intenciones más generosas, mientras que las opiniones de las élites, se encuentran viciadas por los intereses particulares vinculados con el tema.

La metodología y la matemática de los sondeos de opinión ya casi llegaron al límite de la ciencia. El nuevo reto es depurar la profundidad y sutileza psicológica, antropológica, política, social y cultural de las preguntas, y afinar el discernimiento en el análisis de las respuestas. Sabemos poner el termómetro y obtener la temperatura correcta; lo que a veces parece que está en pañales es el ojo clínico; la capacidad para hacer al enfermo las preguntas pertinentes y, con los exámenes de laboratorio en la mano, diagnosticar acertadamente las dolencias del paciente.

Algo es irrefutable: no es posible concebir la democracia moderna sin estadísticas y encuestas. Los resultados de las encuestas son la voz permanente de la gente, plebiscitos sin urnas, ojo avizor.

Al pie: De manera recurrente aparecen proyectos de ley para regular el uso y el abuso de las encuestas. Soy declarado adversario de toda censura en este campo que no sea la natural regulación que incluya la inscripción

de sociedades dedicadas al ramo, con los datos legales y financieros, de manera que existan responsables en el caso de que alguien sienta que sus derechos se han visto lesionados con algún acto de las empresas encuestadoras. Lo demás lo regula la competencia. El que miente o distorsiona tendrá con los resultados reales de las otras empresas encuestadoras, o peor aún, con la implacable tosudez de los hechos, su más severo castigo. Y los que creen que un resultado falso cambia el comportamiento de la gente en lo que se refiere a afiliación política están equivocados. Sé que el tema es polémico y que quienes creen lo contrario no están muy dispuestos a oír argumentos. En todo caso debo señalar que el "*bandwagon effect*", es decir la creencia de que la gente vota a ganar, es uno de los mitos electorales más entronizados que se continúa repitiendo como acto de fe, a pesar de que los tercios hechos constantemente confirman lo contrario.